



Carlos Valenzuela Solís de Ovando

Casa de huérfanos

Don Juan Nicolás de Aguirre fue uno de los hombres acaudalados del Chile colonial en el siglo XVIII. Hijo de don Pedro Ignacio de Aguirre, un vasco natural de San Sebastián que hizo su fortuna como todos sus compatriotas en el comercio, y de la niña de igual origen, doña Juana de Barrenechea y Díaz Pimienta.

Al morir, dejó un caudal considerable para repartirse entre sus diez hijos, que estaba constituido, aparte del dinero en efectivo que se mantenía en talegas de cueros de chivato, por la casa que poseía en las esquinas norponiente de las calles Puente y Catedral, justo en un rincón de la Plaza de Armas, y la chacra conocida en aquel tiempo como Chacra Manquehue, hoy Lo Gallo. En su testamento dejó establecido que la chacra mencionada fuese entregada a su primogénito.

En esta forma, don Juan Nicolás de Aguirre, hombre de avanzadas luces, pasó a ser el propietario de esas feraces tierras al oriente de Santiago. Continuó con la actividad comercial de su padre e incrementó enormemente su peculio personal. Fue Juez Diputado de Comercio, y al año siguiente Alcalde de Santiago. Más tarde alcanzó al cargo de Corregidor de la ciudad.

A menor edad que la acostumbrada en ese tiempo, contrajo matrimonio con doña Ignacia Díaz y Aséndegui, también guipuzcoana, con la que hubo numerosa descendencia. Cuando tuvieron bien cimentados sus bienes,

decidieron fundar un mayorazgo que incluía tres propiedades: la casa que habían comprado en la calle Compañía, que permaneció durante 170 años entre sus descendientes, donde más tarde se instaló el diario El Mercurio; la estancia en Pudahuel, que compró a don Pedro Prado al inicio del camino a Valparaíso; y la chacra Manquehue. Junto a esta última propiedad, poseía una pequeña chacra que más tarde fue conocida por el nombre de Los Castaños, que no incluyó en el mayorazgo, para dejársela a su hijo jesuita, Juan Crisóstomo, que se hallaba desterrado en Bolonia.

Pero como todos los hombres acaudalados de ese siglo, a don Juan Nicolás no le bastaba su fortuna ni haber fundado un mayorazgo. Aspiraba a un título nobiliario y consiguió que el Rey le concediera, el 8 de febrero de 1755, el marquesado de Montepío, previo pago de la suma de \$ 20.000. El asesor del gobernador Amat, don José Perfecto Salas, dejó notas sobre los personajes importantes de su tiempo en breves pinceladas. Sobre don Juan Nicolás dijo: «Hombre bueno, de consejo, capacidad, juicio y virtud. No es amigo de desperdiciar lo que le ha costado su sudor y por eso tiene malquerientes, algunos sin razón».

Sin embargo, don Juan Nicolás era hombre de mucha caridad. En una propiedad suya que abarcaba toda una manzana entre las calles Huérfanos, Agustinas, San Martín y Manuel Rodríguez, levantó una construcción que comprendía dos casas, una para inválidos y otra para «madres vergonzantes» y niños expósitos. La casa tenía su acceso a la calle de la Moneda Vieja, que se llamaba así por la fábrica de moneda que había instalado don Francisco García Huidobro, y que más tarde Toesca construiría por orden del Rey en una nueva ubicación.

Con el tiempo, esta vía tomó el nombre de la institución formada por don Juan Nicolás, y comenzó a llamarse calle de los Huérfanos. Pero el marqués de Montepío no se conformó con fundar este establecimiento, sino lo dotó además de 10 telares, para el trabajo de las mujeres, de todo el alhajamiento y le asignó una suma de dinero para su mantención.

La casa quedó terminada en los últimos días de diciembre de 1758. Por eso la Real Audiencia fue a practicar una inspección que en esos tiempos se llamaba «vista de ojos» el 3 de enero del año siguiente. Once años después, el Rey le otorgó una renta de mil pesos, suma que quedó avergonzada cuando la ilustre benefactora, doña Matilde Salamanca les legó su hacienda de Choapa.

¡Cómo haría falta esta obra en Santiago, que el mismo día de su fundación, mujeres desconocidas abandonaron en su puerta a más de 25 recién nacidos! La obra continuó por largo tiempo, y en tiempos republicanos, durante el gobierno del presidente Montt, se puso a cargo de las monjas canadienses de la congregación de la Divina Providencia recién llegadas a Chile, a quienes la Beneficencia les donó, para el desarrollo de su cometido, la chacra de 67 cuadras que había sido de don Pedro Chacón Morales, tío del héroe Arturo Prat Chacón. Esta propiedad se ubicaba en el camino a Las Condes, y con la presencia de las monjitas tomó el nombre de Avenida de la Providencia.

Antes de la llegada de las monjas de la Divina Providencia, y a causa de las escaseces de la Casa de Huérfanos, se optaba por entregar algunos niños a personas que los tomaban a su cuidado. Pero esto pasó a ser una forma fácil de conseguirse sirvientes a cambio sólo de la comida y la

ropa. Cuando los monjitas se instalaron en la Chacra de la Providencia, continuaron llegando damas empingorotadas y caballeros importantes en busca de algún «huachito», para aumentar gratuitamente su servidumbre. Pero las religiosas se opusieron tenazmente a esta situación, lo que les significó el desprecio y la falta de ayuda económica de algunas de estas opulentas damas.

La obra alcanzó a tener en 1896 a 1280 huérfanos a quienes se enseñaba un oficio. De ahí salieron numerosos sastres, modistas, carpinteros y muchas otras actividades para ganarse el sustento.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

